

0138-32060

E111

C3



FONDO  
PEREZ MALDONADO

## INTRODUCCION.

Si hay algun acontecimiento verdaderamente grandioso é importante en la historia de las naciones, este es, sin disputa, el descubrimiento y conquista del Nuevo-Mundo. Tantos pueblos de tan diversa naturaleza, que surgen de improviso del medio del Océano, adivinados por el genio de un hombre sublime, vienen á ofrecer á los asombrados moradores del antiguo continente, el espectáculo, tan nuevo como interesante, de sus costumbres y de las variadas producciones de su fecundo suelo. Los españoles, que amaestrados en largas luchas civiles y extrañas y familiarizados con toda clase de peligros, eran los únicos á quienes las dificultades solo

servian de estímulo para vencerlas, acuden presurosos á realizar la empresa concebida por el genio de Colon, como dotados del valor y perseverancia tan indispensables para llevarla á su debido término. Parece visible providencia del cielo que el inmortal marino recurriese al fin á la España, como el único país que pudiera tener la gloria de ejecutar su proyecto, en una época en que iba siendo la nacion mas culta y poderosa del globo, y cuando merecian una extraordinaria recompensa las memorables empresas de los católicos reyes de Aragon y de Castilla.

Desde entonces se abren nuevos caminos al comercio y la navegacion, se surcan nuevos mares, se descubren islas remotas y tierras no conocidas; la industria halla nuevas materias en que ejercitarse, las ciencias nuevos objetos con que enriquecerse: se dilata la esfera del humano saber, y salvando el abismo que separaba dos pueblos, se estrechan sus lazos de amistad y se facilita el trato y la cultura de sus habitantes.

La América, suelo virgen todavía para la curiosidad europea, brindaba con el estudio de los usos y costumbres de sus habitantes, con la riqueza mineral contenida en las entrañas de su territorio, con la abundancia prodigiosa de utilísimas plantas que en él florecen, y con una multitud de objetos raros y preciosos, así en las obras de la naturaleza como en los productos del arte. Aun hoy día en que aquel suelo es tan conocido, en que á las pri-

mitivas conquistas han sucedido otras mas pacíficas y mas benéficas, todavía presenta la América una riqueza inagotable á los que se lanzan á recorrer sus fértiles campiñas y sus inmensas soledades por el interés de la humanidad y de la ciencia. Prueba de esta verdad son las repetidas expediciones científicas que los gobiernos, las corporaciones y aun los establecimientos particulares de la culta Europa han enviado y envian para explorar aquellos remotos países.

En la época del descubrimiento de América, aspiraban los españoles y se hallaban capaces de ejecutarlo, buscando siempre nuevos peligros que arrostrar y nuevos enemigos que vencer. Ya no habia en España moros de que triunfar, ya tremolaba el sagrado estandarte de la Cruz en las torres bermejas de Granada, y humillado el poder musulman en la península, era preciso un nuevo teatro en que pudiera ostentarse el espíritu belicoso de unos hombres amaestrados en aquella brillante y caballeresca conquista de Granada, émula de los tiempos y empresas de las Cruzadas. El espíritu conquistador habia cambiado entonces de forma, y los dos magnánimos pueblos de la península cruzaban impávidos el Océano, unos para explorar los mas remotos confines del Africa y las Indias, y otros para llegar á ellos por diferente y mas cómodo camino, descubriendo al paso regiones desconocidas.

Era entonces el Nuevo-Mundo un vasto campo en que podia ostentarse aquel valor español, inca-

paz de estar oculto ni ocioso, y que tan irresistible se muestra cuando tiende á conseguir gloria y fortuna. ¡Los peligros y la gloria! He aquí los nobles objetos de la ambicion española, estimulada con el interés de unas riquezas que estaban al alcance del hombre de menos nombradía. En aquella época, caracterizada por la pasion á los descubrimientos y arriesgadas empresas, el hombre mas insignificante y de mas humilde condicion se sentia capaz de realizar los mas atrevidos designios y estaba seguro de prosperar en el continente americano, con tal que supiera distinguirse por su constancia y valor.

El lauro de ser los primeros á descubrir nuevos hombres y nuevos países, hacia olvidar á los conquistadores españoles el riesgo á que se exponian. La perspectiva de los brillantes frutos de su conquista les ocultaba unos peligros capaces de arrear al hombre mas esforzado. Las extraordinarias fatigas de las prolongadas marchas, del calor y del frio, del hambre y de la sed, no eran suficientes á entibiar su entusiasmo, ni á impedir su proyecto de fijar el estandarte de Castilla en el mas remoto confin del continente americano, despues de haber borrado el *NON PLUS ULTRA* de las columnas de Hércules. Cuando en los blasones de España se sustituyó á la antigua inscripcion, el *PLUS ULTRA* de Carlos I, ofreció este monarca en su persona y poderío un prodigio al mundo admirado. La historia no ofrece el ejemplo de otra nacion cuyo domi-

nio haya igualado al de la España de Carlos I, y con razon se dijo que el sol nunca dejaba de alumbrar el territorio español, ni el mar dejaba de bañar en todas partes sus costas, merced á esa serie de gloriosos descubrimientos que vamos á referir.

Luego que el audaz genio de Colon reveló la existencia de un nuevo mundo, y así que el triunfo de los españoles que se lanzaron á seguirle, acreditó la veracidad de sus palabras, los descubrimientos se sucedieron con rapidez. El mismo Colon recorriendo una y mas veces el archipiélago de las Antillas, descubrió aquella multitud de islas en que pudieron fijarse los primeros pobladores. Desde entonces empezó tambien la serie de las conquistas y arriesgadas expediciones de tantos españoles, que ansiosos de riquezas y de gloria, allí acudian donde se presentaban mas penalidades que sufrir y mas peligros que vencer. El adelantado Diego de Velazquez, uno de los compañeros de Colon, se apoderó de la isla de Cuba, siendo el poblador de esta rica Antilla, desde la que tantos campeones salieron á ilustrarse con hazañas y descubrimientos. Excitaban la ambicion de Velazquez las noticias que allí llegaban de las grandes riquezas del continente descubierto por Colon, y en tanto que él preparaba expediciones que hiciesen su conquista, otros capitanes españoles se immortalizaban con sus descubrimientos.

El animoso Juan Ponce de Leon, después de haber conquistado á Puerto-Rico, continuó sus expl

raciones que dieron por brillante resultado el descubrimiento de la Florida. Ojeda y Nicuesa, que se habian establecido en el Darien, extendieron sus incursiones por las cercanías del istmo de Panamá, viéndose sus empresas felizmente terminadas con el descubrimiento del mar del Sur, hecho por Vasco Nuñez de Balboa en 25 de setiembre de 1513. Este memorable descubrimiento resolvió la cuestion de si aquel vasto país formaba un nuevo continente ó era la extremidad oriental del Asia, como sospechó Colon; pero suscitó el deseo de hallar un estrecho ó comunicacion entre aquellos inmensos mares el Atlántico y el del Sur, para llegar á la India mas pronta y fácilmente que por el antiguo camino.

Francisco Fernandez de Córdova, enviado por Diego Velazquez, descubrió la península de Yucatan, donde recibió las heridas que ocasionaron su muerte, y poco despues, Juan de Grijalva costó las provincias de Tabasco y de Pánuco, descubrió nuevas islas, vengó la muerte de Fernandez de Córdova y mostró el camino que habia de seguir el afortunado Hernan Cortés. Este prudente y valeroso caudillo, apoderándose del vasto territorio conocido con el nombre de Nueva-España, parece que dejó afianzado el dominio español en aquellos países, y ya en lo postrero de sus dias, cuando querian condenarle á una inaccion que tan mal se avenia con su genio y actividad infatigables, aun supo ilustrarse con el descubrimiento de la península y golfo de

la California; descubrimiento importante que por síso lo bastaria á engrandecer el nombre de Cortés, si fuera susceptible de aumento la gloria que ya tenia adquirida como conquistador de Méjico.

Ya por este tiempo la parte meridional de América era el teatro de nuevas conquistas y nuevos descubrimientos. Las naciones extranjeras no podian ver con indiferencia el aumento de territorio, de riquezas y preponderancia que iba adquiriendo la España, y enviaban tambien sus expediciones para apoderarse de alguna parte de los nuevos dominios. Conocido, aunque tarde, el error de haber despreciado las ofertas de Colon, querian repararle en lo posible, y es por cierto muy chocante que las mismas naciones que tanto han declamado despues contra el modo que tuvieron los españoles de adquirir aquellas posesiones, no se avergonzaran entonces de concurrir á ver si podian adquirirlas del mismo modo, ni hayan tenido reparo en admitirlas ó heredarlas de quienes en su concepto las adquirieron ilegítimamente. Ninguno, sin embargo, entre todos los soberanos de Europa fué tan afortunado como el rey de Portugal, que debió á una casualidad el descubrimiento del rico Brasil, á cuyas costas fué llevado por la tormenta en 1500 Pedro Alvarez Cabral, que hacia descubrimientos en nombre de aquel soberano.

Al Occidente de esta parte meridional de América se proseguian con no menos ardor los descubrimientos, aunque no sin fatigas y sangre derramada.

Cuando Balboa exploraba las inmediaciones del istmo de Panamá, antes de su inmortal descubrimiento, el hijo de un cacique indio le dió á entender que si el amor del oro le traía por aquellos países, á seis soles, ó sean seis dias de camino de allí, hallaria un inmenso territorio, bañado por el mar, donde encontrarían el oro con tal abundancia, que empleaban sus naturales este codiciado metal para los usos mas despreciables. Esta fué la primera noticia que se tuvo del opulento imperio del Perú y de las fértiles comarcas del Cuzco y de Quito. Balboa murió desgraciado sin realizar su expedicion; pero Francisco Pizarro, uno de sus intrépidos compañeros, salió de Panamá, y secundado por Diego de Almagro, descubrió muchas islas, costas y los principales países de la parte meridional del continente americano. Almagro ya penetró en sus excursiones hasta Chile, sin que de tan vasta comarca quedase sin descubrir mas que la parte reservada al valor de Valdivia y á ser celebrada por la musa heroica de Ercilla.

Por último, subsistia aun la misma necesidad y el mismo designio de hallar rumbo á las Indias por el Occidente; de hallar un estrecho al través del continente americano que facilitase aquel camino. Fernando de Magallanes, que aunque nacido en Oporto se hallaba al servicio de España, manifestó hasta qué punto era posible satisfacer esta necesidad y este deseo, con el descubrimiento del estrecho á que puso su nombre en 21 de octubre de 1520.

Esta misma expedicion es la felizmente terminada por Juan Sebastian de Elcano, simple piloto, natural de Vizcaya, y despues capitán de la nave *Victoria*, el cual en un tiempo en que la náutica se hallaba tan atrasada fué el primero que le dió la vuelta al mundo.

Tal es el sucinto cuadro de la empresa mas maravillosa de la época: del descubrimiento y conquista de América. ¡Cuántas fatigas de las prolongadas marchas y navegaciones, cuántos rigores del calor y del frio, del hambre y de la sed, no tuvieron que soportar los hombres impávidos que descubrieron! ¡Qué de batallas campales y ataques sangrientos no tuvieron que sufrir los que á la vez descubrieron y conquistaron! ¡Cuántas hazañas portentosas y rasgos de valor heroico se hallan comprendidos en ese vasto cuadro de la conquista del Nuevo-Mundo, que oculto por tantos siglos á las demás naciones, el cielo reservó á nuestra patria!

Un asunto tan digno de admiracion y tan glorioso para la España, no podia menos de ser acogido con entusiasmo por los aventajados hijos de este país, que repetidas veces le han consagrado su pluma. Para probar este aserto, baste citar, entre otras muchas que omitimos como menos principales, la *HISTORIA DE CRISTÓBAL COLON* que escribió su hijo Don Hernando; las *DÉCADAS* que escribió Pedro Martir de Angleria, y las apreciables memorias y noticias inéditas de D. Diego Deza, cura de los Palacios cerca de Sevilla. Tambien se conserva ma-

nuscrita la HISTORIA GENERAL DE INDIAS que entre otros trabajos importantes dejó escrita el respetable Fr. Bartolomé de las Casas. Gonzalo Fernandez de Oviedo escribió la HISTORIA NATURAL Y GENERAL DE LAS INDIAS, ISLAS Y TIERRA FIRME DEL MAR OCEANO. El padre José de Acosta publicó en Sevilla en el año de 1590 su HISTORIA NATURAL Y MORAL DE LAS INDIAS. Francisco Lopez Gomara se dedicó á escribir las memorables empresas de Hernan Cortés, de quien era capellan particular, y posteriormente Antonio de Herrera en sus DÉCADAS trató de abrazar la historia general de América, y si no pudo verificarlo, al menos fué bastante feliz en la parte que desempeñó. No menos curiosa es la historia de Nueva-España de Bernal Diaz del Castillo, uno de los compañeros de Cortés; pero las hazañas de este valeroso capitán por ninguno han sido descritas tan dignamente como por el sentencioso D. Antonio de Solís en su HISTORIA DE LA CONQUISTA DE MÉJICO, obra que en nuestros días se ha hecho mas interesante con las notas y continuacion de D. José de la Revilla. Los sucesos de la Florida han sido referidos por el Inca Garcilazo, y respecto á la historia del Perú, sus COMENTARIOS REALES DE LOS INCAS nada dejan que desear. Ultimamente el Sr. D. Martin Fernandez de Navarrete en su COLECCION DE LOS VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS QUE HAN HECHO POR MAR LOS ESPAÑOLES y en los inestimables documentos que la acompañan, ha prestado con datos auténticos nueva luz á la historia de

América, y ha completado el catálogo de obras, que entre otras muchas pueden consultarse con fruto acerca de este país.

Pero entre tantos historiadores españoles como se han ocupado de los asuntos de América, entre tantas plumas mas ó menos distinguidas que han descrito los acontecimientos parciales acaecidos en este vasto país, no poseemos un trabajo completo acerca del descubrimiento y conquista; falta una historia en que se presenten eslabonados los hechos y que abrace todo el conjunto de circunstancias que contribuyeron á dejar afianzado el pabellon español en aquellos remotos países. Notable es este vacío en nuestra literatura, y tanto mas, cuanto que la publicacion de una obra de esta clase no serviría solo á satisfacer la curiosidad, sino á vindicar el honor nacional que altamente la reclama. Es necesario ya desvanecer las calumnias con que afean la historia del descubrimiento y conquista de América los enemigos de la prosperidad española. Si es cierto que ha habido abusos, algunos de ellos difíciles de precaver bajo ningun sistema de gobierno, algunos tambien imitados en épocas mas avanzadas de civilizacion, por las mismas naciones que tanto los criticaron en los españoles, tambien es muy cierto que estos han hecho al Nuevo-Mundo beneficios incalculables, y que merecia ser mejor conocido el sistema de gobierno con que aquellos pueblos florecieron bajo el régimen de la madre patria. Si esto se hubiera ejecutado hace ya tiempo y la verdad se

hallase en su debido punto, tal vez se hubieran evitado las insurrecciones que últimamente estallaron en el suelo americano, y no lamentariamos hoy esa barrera eterna que se levanta entre aquellos pueblos y la metrópoli que les dió existencia política y les hizo avanzar en la carrera de la civilizacion.

No se concibe, pues, cómo en las épocas venturosas de nuestra patria, y en alguno de aquellos cortos períodos de administracion recta y beneficiosa para el país, que tan grato hacen el recuerdo de algunos celosos é ilustrados ministros, no se ha pensado en remediar este inconveniente. ¡Cómo no se ha elegido una persona tan distinguida por su talento como por su laboriosidad, y se le han franqueado los archivos del gobierno, para formar la historia general del descubrimiento y conquista de América, cual corresponde á la importancia de este país en el mundo civilizado, y sobre todo á la relacion que tiene con la historia general de España, de la que viene á ser el mas interesante episodio! Solo el gobierno podia tomar bajo su proteccion un trabajo tan dilatado y costoso, y solo por este medio se le facilitaria al autor encargado de la obra, la entrada en los archivos del reino; cosa que hemos propuesto no sin intencion. En el estado á que han llegado las cosas, con las ideas erróneas que abrigan los extranjerios acerca de nuestro país, nuestras costumbres y nuestros nombres, con los trascendentales perjuicios que sus atrevidas censuras nos han causado, ya no basta con bellos discursos

y estudiadas razones, sino que es preciso apoyar unos y fundar otras en datos auténticos y documentos oficiales.

En tanto que alguna pluma feliz, digna de volver por nuestro honor, llena este vacío de la literatura española, dar á conocer en nuestro país la obra de Campe, adornada en la parte material con todo el lujo y elegancia de que es susceptible la tipografía moderna, parece una de aquellas empresas en que toda idea de especulacion desaparece ante el noble lauro de haber hecho algun bien al país, ofreciéndole una obra nueva hasta cierto punto, y tan importante por su argumento como por lo que de español tiene.

Los extranjerios á pesar de no hallarse principalmente interesados, no han sido por cierto los últimos á explotar un campo que de derecho nos pertenecia. Merecen ser citados entre otros muchos, el abate Raynal, que debió su celebridad á su HISTORIA FILOSÓFICA Y POLÍTICA DE LOS ESTABLECIMIENTOS Y DEL COMERCIO DE LOS EUROPEOS EN LAS DOS INDIAS, á pesar de las exageraciones de sus doctrinas que tanto alarmaron al parlamento de Paris en 1781. El sabio Roberston, que ya se habia distinguido con sus historias de Escocia y de Carlos V, puso el colmo á su reputacion de historiador, abrazando tambien el conjunto del descubrimiento y conquista en su HISTORIA DE AMÉRICA, y por último, la obra de Campe parece destinada en nuestros días á gozar de una justa popularidad.

Joaquin Enrique Campe nació en Deusen, en el principado de Brunswick-Wolfembutel, en el año de 1746. Sus padres que, le destinaban al estado eclesiástico, le enviaron así que recibió la primera educacion á la universidad de Halle, donde continuó el curso de sus estudios sérios, alternando con el de la amena literatura, á la que siempre tuvo decidida aficion. Publicó algunas composiciones en los periódicos literarios de Alemania, aunque sin darse á conocer, ya porque no tuviese la mayor confianza en aquellos primeros ensayos, ya porque los considerase como impropios de las funciones que habia de ejercer. Campe se halló bien pronto en estado de enseñar lo que habia aprendido: en 1773 obtuvo la plaza de capellan de un regimiento prusiano de guarnicion en Postdam, y en virtud de una recomendacion del duque de Brunswick para el gran Federico; pero disgustado con permanecer al servicio de Prusia, aprovechó la primera ocasion de volver á su país, que habia de ser el teatro digno de su talento. En 1776 fué nombrado director del colegio de Dessau, y un año despues fundó el establecimiento de Hamburgo, floreciente colegio que en breve no pudo contener el número de discípulos que solicitaban recibir las lecciones del sabio profesor. Campe para restablecer su salud, dejó este colegio cuando ya era citado como el modelo de todos los de Alemania, y se retiró á gozar de la vida sosegada del campo.

El duque de Brunswick, que era á un mismo tiem-

po el soberano y el justo apreciador del mérito de Campe, le nombró consejero de escuelas en todo el ducado, y canónigo de San Ciriaco, dignidades que le obligaron á dejar su retiro y emprender nuevas y útiles ocupaciones, á las que se agregó la de dirigir la librería de educacion de Brunswick. Campe hizo un viaje á Francia en 1789, mereciendo que la Asamblea nacional le confriese los derechos y el título de ciudadano francés. Vuelto á su patria y muchos años despues, el colegio electoral de Westphalia, formado por Napoleon en favor de su hermano Gerónimo, le nombró individuo de los Estados del reino por el orden de los sabios. No era la política el terreno que Campe apetecia, por lo que logrando volver á la vida privada, se dedicó á la conclusion de sus obras, cuando le sorprendió la muerte el 22 octubre de de 1818.

Campe publicó muchas obras que han fijado su reputacion, y lo mas, han acreditado su superioridad en ese género especial de composicion que pone los arcanos de la ciencia al alcance de los niños, y hace que la rigidez de los preceptos se suavice con la amenidad de las formas y el estilo. Tales fueron: LAS FACULTADES DE QUE ESTÁ DOTADA EL ALMA HUMANA, y la PSICOLOGIA PARA LOS NIÑOS. Publicó el THEOPHRON ó EL GUIA DE LOS JÓVENES, y su LIBRO DE MORAL PARA LA INFANCIA obtuvo en Hamburgo un éxito prodigioso. Ninguna empero de sus obras en este género puede compararse al ROBINSON CRUSOE, puesta en diálogos, obra conocida

de todos los niños del mundo, pues se halla traducida hasta al idioma turco, y que ha puesto el nombre de Campe entre los de los escritores que mas se han distinguido por sus trabajos en favor de la infancia. En el género político publicó Campe sus *CARTAS ESCRITAS DESDE PARIS DURANTE LA REVOLUCION*, y deseoso de restituir al idioma aleman su primitiva pureza, escribió el *DICCIONARIO DE LAS PALABRAS QUE NO SON ALEMANAS*. Por último, Campe se hizo tambien acreedor á la estimacion de los sabios y al recuerdo de la posteridd con su *HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE AMÉRICA*.

Abraza esta obra los importantes sucesos del descubrimiento y de la conquista, cuanto es posible hacerlo en un cuadro de reducidas dimensiones. Consta la historia general de América de tres grandes empresas á que pueden referirse las de menor importancia, de tres heróicas expediciones simbolizadas con los nombres de Colon, de Cortés y de Pizarro. Estos ilustres varones personificando cada uno sus empresas, que acaso sobrepujan á las mas celebradas de la antigüedad, como que reclaman tambien alguna distincion al referirlas; distincion que por otra parte la exige el mismo orden cronológico. Sin duda este es el motivo que ha inducido á Campe á dividir su obra en tres partes correspondientes á los nombres de aquellos tres héroes.

Vemos primeramente á Cristóbal Colon luchando impávido con toda clase de obstáculos, antes de

lanzarse á un mar desconocido, para dar un nuevo mundo á los ingratos gobiernos europeos, y despues de conseguido el triunfo, morir olvidado siendo desatendidos sus servicios, y sin haber dejado impuesto su nombre á la tierra que Dios habia prometido á sus desvelos. Esta primera parte, que abraza los descubrimientos y los trabajos del célebre piloto, se halla tratada con alguna mas extension en la obra de Campe; lo que hasta cierto punto es una ventaja, pues de Colon es de quien menos documentos y noticias tenemos en castellano.

Aparece luego en la escena el valiente y afortunado Hernan Cortés. La sagacidad con que supo eludir las persecuciones de Velazquez, su impetuosidad en Tabasco, la destruccion de su armada en Veracruz, la prudencia y valor con que sujetó á los indomables tlaxcaltecas, su audaz entrada en Méjico, la prision de Moctezuma, la derrota de Narvaez, la batalla de Otumba y la rendicion de Méjico, son otros tantos hechos tan extraordinarios, que á no estar confirmados por la historia, parecerian fantásticas invenciones de novela. Estos hechos constituyen la segunda parte de la obra, hasta que Cortés terminu su gloriosa carrera, olvidado de sus contemporáneos y víctima de la régia ingratitud.

Llega, en fin, Francisco Pizarro, y este aventurero de humilde origen, elevado de improviso á la cumbre del poder y hecho dueño del país mas rico del universo; este hombre á quien no pudieron dominar ni las fuerzas reunidas de los indios, ni los

obstáculos que naturaleza opone algunas veces á los temerarios conatos de los hombres, sucumbe al fin, no á los enemigos de su religion y de su patria, sino á las desgracias de una guerra civil, encendida entre aquellos mismos españoles que llevaron su victorioso estandarte á tan remotas regiones, para dar á sus moradores el funesto espectáculo de enrojecer con su propia sangre los trofeos de sus victorias.

Los acontecimientos parciales y las noticias relativas á los demás conquistadores que no han logrado colocarse en primera línea, van oportunamente colocados en esta obra, guardando en lo posible el orden de los tiempos, y reducidos á sus tres principales partes, para dar unidad á todo el conjunto.

Seguros ya de que esta obra va á ocupar un lugar de preferencia en la biblioteca de todas las personas eruditas, nos lisonjea tambien la idea de que contribuirá á popularizar en todas las clases de la sociedad el conocimiento de uno de los mas grandes sucesos de nuestra historia, sirviendo como de introduccion á la lectura de las que hay escritas sobre acontecimientos particulares de América, facilitando su comprension y ayudando á eslabonar los hechos y compararlos entre sí. Aun las personas que ni pueden ni deben dedicarse á estudios serios, encontrarán en esta obra conocimientos de aquellos que á nadie está bien ignorar, presentados bajo una forma amena é interesante. No es solo una árida narracion de hechos históricos; el autor anima y ha-

ce hablar á los personajes, y aun en los mismos hechos se nota aquel colorido poético que tanto embellece la narracion. Las producciones naturales y las curiosidades del país se hallan tambien descritas.

La religion y las costumbres de los indígenas se hallan tambien bosquejadas; aunque en este último particular, si nuestro débil voto ha de servir en la materia, no hubieran estado demás algunos detalles acerca del grado de civilizacion que alcanzaban los indios, y el estado en que se hallaba su país cuando fué descubierto é invadido por los españoles. Cuestion es esta por largo tiempo debatida, que mas de una vez ha fijado la atencion de las corporaciones científicas, y que no se halla todavia suficientemente resuelta.

Presentaban entonces los diferentes pueblos de América, y particularmente los dos grandes imperios de Méjico y del Perú, una singular variedad en sus costumbres. Algunas de estas eran propias y tal vez las mismas de los países que han llegado á la mas alta civilizacion, mientras que otras eran propias de los tiempos primitivos de la sociedad. Horrorizan por su barbarie algunas de estas costumbres, y el conjunto de ellas, incapaz de dar una idea exacta del estado moral de los americanos, ha hecho por la misma causa que se difundan acerca de ellos muchos errores.

Segun algunos, los indígenas del Nuevo-Mundo constituian pueblos inocentes y apacibles y sencillas

costumbres, y de una credulidad de que tan perfectamente supieron abusar los conquistadores. Según otros, la civilización y las costumbres de aquellos pueblos se hallaban en el mismo estado que en las naciones europeas. Ambas opiniones nos parecen igualmente exageradas.

En cuanto á la pretendida candidez y pacífica índole de los indios, baste citar para desvanecerlas los actos feroces de crueldad que con ellos mismos cometían, y con los que tanto se ensañaron con los prisioneros españoles. En varios pasajes de esta historia, y particularmente en la conspiración de Cholula y en la defensa de Méjico, se ve que tampoco carecían de sagacidad y de aquel disimulo tan necesario para llevar á debida ejecución un plan pérfidamente concebido. Tocante al extremo contrario, ó sea el de su avanzada civilización, daremos algunos pormenores, sin pretensiones de rivalizar ni de suplir defectos del autor, sino de aumentar la amenidad de la obra.

No parece que databan desde muy antiguo las monarquías que hallaron los españoles establecidas á su llegada al Nuevo-Mundo. El gobierno de sus naturales fué por mucho tiempo benigno y patriarcal, y el poder residía mas ó menos limitado en los jefes ó cabezas de las tribus, á los que confundieron los españoles con el nombre genérico de caciques. En estos mismos jefes nació el deseo de aumentar su territorio, y ejecutándolo á costa de sus vecinos, destruyeron su independencia, y haciéndolos tribu-

tarios, como que ya se erigieron en soberanos y dominadores de aquellos países. Pero todavía no tenía este sistema de gobierno aquel carácter despótico y cruel que adquirió despues, cuando algunos osados conquistadores extendieron prodigiosamente los límites de su dominio, y fundaron imperios y monarquías que dejaron vinculados á sus sucesores. Es verdad que la corona se reputaba como electiva, y que los grandes y poderosos tenían y usaban su derecho de elección; pero esta recaía siempre en un individuo de la familia del monarca difunto, prefiriendo entre todos al mas capaz. Ninguno entre estos déspotas de poder ilimitado se distinguió tanto, ni fué tan aborrecido de sus vasallos como el último emperador de Méjico, Motezuma, príncipe que tan débil é irresoluto se manifestó con los españoles, pero que tantas pruebas tenía dadas de valor y de talento.

El gobierno de los pueblos de América era por consiguiente monárquico, si se exceptúa el de los belicosos tlascaltecas, que en medio de la rudeza de sus costumbres ofrecían el ejemplo de una república tan perfecta, como pudiera serlo la forma de gobierno que se conoce con este nombre en los países civilizados de Europa.

Muchas ceremonias se verificaban cada vez que un nuevo soberano subía al trono de sus mayores; pero lo mas notable era la obligación que tenía el nuevo soberano de salir á campaña y volver triunfante de los enemigos del imperio, sin cuyo requisito no se

verificaba su coronacion. Cuando no habia enemigos declarados, era forzoso invadir alguna de las provincias limítrofes, y esto, además de ensanchar los límites del imperio, proporcionaba el suficiente número de víctimas humanas que era necesario para los sacrificios.

El fausto de la casa real y la pompa que rodeaba el trono del monarca eran extraordinarios, como que en estas demostraciones exteriores, acompañadas de singular etiqueta, creian consistiese todo el prestigio de la soberanía. La ostentacion y magnificencia con que Motezuma y Atahualpa salieron á recibir á Cortés y Pizarro, pueden dar un idea del lucido acompañamiento, numerosos dependientes y guardadores de aquellos monarcas. Los emperadores tenian sus consejeros á quienes consultaban en los negocios arduos, y muchos funcionarios que recorriesen las provincias para recoger los tributos que tenian que aprontar los caciques subalternos, los que no podian ejecutarlo sino á costa de sus vasallos. Los tributos se pagaban en productos naturales de los diferentes países, y tambien en obras de la industria de sus habitantes: los que eran tan pobres que nada absolutamente tenian que dar, contribuian con sus fuerzas físicas conduciendo aquellos tributos hasta el tesoro del emperador. Las embajadas de un pueblo á otro se verificaban con mucha magnificencia, y los embajadores disfrutaban un carácter sagrado é inviolable con tal que no se apartasen del camino que debian llevar. Habia mucha

distincion de jerarquías en las diversas clases del Estado: los nobles constituian una parte muy principal, y para conseguir, así los títulos de nobleza, como las dignidades, que solian ser hereditarias, tenian que sujetarse los aspirantes á unas pruebas que acreditasen su virtud, su constancia y su valor. Estas pruebas eran mas largas y dificiles cuando se trataba de los supremos grados de la milicia ó de la primera dignidad del Estado.

Las leyes eran pocas, pero muy severas. Las penas y castigos que despues tuvieron que adoptar los españoles, porque otros mas suaves no hubieran producido efecto, fueron tomados de las mismas costumbres, con fuerza de ley establecidas entre los indios. La pena de muerte alcanzaba entre ellos á muchos delitos que merecen poco castigo en Europa, y los criminales eran ahorcados, descuartizados ó quemados vivos, segun la gravedad de su culpa.

Esta ferocidad que caracterizaba particularmente á los mejicanos en sus guerras y en su legislacion, se notaba todavía mas en sus ceremonias religiosas. No hay cosa mas bárbara ni mas sanguinaria que estas ceremonias, en las que la crueldad se hallaba, por decirlo así, sistematizada en plazos fijos y ejercida por una innumerable multitud de personas, entre sacerdotes, sacrificadores, adivinos, músicos ó cantores, guardas y otros ministros inferiores de los muchísimos adoratorios que habia en el imperio. En el Perú, donde el culto no era sanguinario ni se representaban las divinidades bajo formas espantosas,

capaces solo de inspirar horror, todavía estaban admitidos muchos errores de aquellos que suponen grande atraso en las cualidades morales del hombre y que mas entorpecen los progresos de su civilizacion. ¡Cosa por cierto muy singular! Los habitantes del vasto imperio de Méjico, á quienes se concede la supremacía sobre todas las tribus enteramente salvajes, eran al mismo tiempo los que en sus costumbres y en sus ceremonias religiosas daban pruebas de la mayor ferocidad.

Tal era el estado de la civilizacion de los indios, sin que sea necesario rebajarle, y menos exagerarle, para realzar el mérito de la conquista. Todo cuanto se ha dicho por algunos autores, respecto de teatros públicos, colegios y otras instituciones propias de los países civilizados, hay que leerlo con mucha desconfianza. Las celebradas pinturas de los mejicanos, mas que por su mérito artístico, lo han sido por la sorpresa que causaron á los españoles. El esplendor de las cortes de Méjico y del Perú, la grandeza de algunas ciudades y la perfeccion de algunos edificios, parece efectivamente que revelan un estado de cultura, incompatible con las bárbaras costumbres de los pueblos. Sabido es que muchos de estos, particularmente los que vivian errantes ó en islas apartadas, andaban continuamente á caza de carne humana para satisfacer sus feroces apetitos, y aun los que vivian sujetos al dominio de los grandes emperadores, no se libertaban del tributo de víctimas que era forzoso satisfacer en las aras de

los dioses. El despotismo inaudito de los soberanos era tal, que disponian de vidas y haciendas de sus vasallos, que no osaban mirarlos á la cara. Los españoles sacaron á los indios de semejante estado de abyeccion, desterraron los horribles sacrificios de sangre humana con la introduccion del Evangelio, y en cambio del oro y de la plata, dieron á los americanos otras producciones útiles de que carecian. Diéronles tambien leyes sábias y justas, en las que los indios siempre eran considerados como menores de edad.

Todos estos beneficios han sido desconocidos y olvidados, contribuyendo no poco á ello los extranjeros con sus violentas declamaciones. Bien conocidas son las equivocaciones en que incurren al hablar de nuestros asuntos, y lo desgraciados que son para trascribir con exactitud nuestros nombres propios; pero en la cuestion de América incurren además en defectos hijos del interés y de la mala fe. Aunque Campe no sea ciertamente á quien mas haya que tildar con este motivo, con todo el esmero que hemos procurado poner en la traduccion, no nos ha dejado pasar sin enmienda algunas inexactitudes. Bajo este supuesto, nos hemos tomado la libertad de rectificar directamente el original, así en la fecha de algunos sucesos, como en la ortografía de algunas palabras. Tambien hemos agregado notas al pasaje que nos ha parecido obscuro ó que de precision las necesitaba, sin que por esto sea nuestro ánimo cargar con la responsabilidad de los sucesos que no vayan ano-